

## "Por Causa de Jesús"

¿Puedes imaginar cuán diferente sería este mundo si Jesús no hubiera venido? Nuestras vidas serían mucho más pobres y tristes sin Cristo. Jesús transformó completamente corazones y vidas individuales, pero también tocó naciones enteras. La cultura occidental disfruta del aroma de Su pureza y bondad. Muchos avances en la sociedad han venido de la mentalidad y el corazón de Cristo. Cristianos a lo largo de los siglos se opusieron a prácticas pecaminosas, y su amor cristiano puso fin a los juegos sangrientos de los gladiadores, detuvo mucha esclavitud, acabó con la exposición y muerte de bebés no deseados que era común en la antigüedad, elevó a las mujeres a un estatus más alto, proclamó respeto por los ancianos y proclamó la santidad de la vida. El amor cristiano nos enseña a amar a nuestros enemigos, alimentar al hambriento, vestir al pobre y cuidar a los enfermos. El Nuevo Testamento nos enseña a trabajar para nuestro sustento y no robar a otros. Sí, nuestro mundo se ha vuelto más rico, más amable, más puro y más amoroso por causa de Jesús.

Nuestra lectura de hoy viene del evangelio de Juan capítulo 1, versículos 14 al 18. Y aquí Juan, el escritor inspirado por el Espíritu Santo, habla sobre la importancia de la venida de Jesús al mundo:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”

Esa es la lectura de la santa Palabra de Dios. Oremos juntos. Padre celestial, te damos gracias porque Jesucristo vino al mundo, y gracias a eso podemos conocerte a Ti, nuestro Padre celestial. Padre, estamos agradecidos porque Él trajo la verdad y trajo la gracia. Ayúdanos a creer en la verdad, a refugiarnos en Tu gracia y a amarte con todo nuestro corazón y alma. En el nombre de Jesús, Amén.

Ningún evento en toda la historia se compara con la venida de Jesús a este mundo. Él es el regalo de esperanza y bendición de Dios para cada persona. El nacimiento de Jesús vino con una estrella. Curiosamente, en 1991, el Quarterly Journal of the Royal Astronomical Society señaló que astrónomos chinos observaron un cometa de cola larga y movimiento lento en sus cielos durante marzo del año 5 a. C. Esta “estrella” permaneció en la región de Capricornio por más de setenta días. Este mismo cometa habría sido visible en los cielos sobre Persia, lugar de origen de los magos o sabios, en las horas justo antes del amanecer. Debido al movimiento orbital de la tierra, la luz del cometa habría estado directamente frente a los magos durante su viaje —por tanto, verdaderamente siguieron la estrella.

Cuando los sabios entraron en Jerusalén y preguntaron a Herodes dónde debía nacer el niño, los sacerdotes sabían que era en Belén. Conocían la profecía escrita en el siglo VIII a. C., encontrada en Miqueas 5:2: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” Jesús ciertamente nació en Belén, tal como Dios lo predijo por medio de Su profeta.

Un ángel dijo a los pastores que cuidaban sus rebaños de noche en esa región, en Lucas 2:10 al 14: “No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de

las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”

Ciertamente el Señor ha traído paz y el favor de Dios a la humanidad. Ahora bien, nadie en toda la historia ha hecho tanto para traer luz y vida a las personas. No sabemos específicamente cuándo nació Jesús. No sabemos con certeza el año específico ni siquiera el mes de Su venida. No lo sabemos. No necesitamos saber esas cosas. Sabemos que Su venida cumplió el plan de Dios desde el principio y ha hecho toda la diferencia.

Por causa de Jesús podemos conocer a Dios y Sus caminos. Cuando Jesús vino al mundo, Mateo 1:22 al 23 dice: “Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.” Jesús es, en verdad, Dios con nosotros. Él fue y siempre es Dios. Juan 1:1 al 3 dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.” Jesús ha existido desde toda la eternidad pasada como Dios y estuvo involucrado en la creación de todo lo que ha sido creado.

Porque Jesús se hizo carne, podemos relacionarnos con Él y Él con nosotros. Hebreos 1 versículo 3 dice: “El cual, siendo el resplandor de Su gloria (es decir, la gloria de Dios), y la imagen misma de Su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder.” Jesús da a conocer el carácter de Dios. El Señor Jesús dijo en Juan 14:7: “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.” Sabemos del amor de Dios, Su benignidad, Su bondad y Su gracia por medio de Jesús. Cuando llegamos a conocer a Jesús, entendemos qué clase de Dios servimos y aprendemos lo que Él desea de nosotros.

Por causa de Jesús podemos tener salvación del pecado. El ángel Gabriel le dijo a José en Mateo 1:21 que María “Y dará a luz un hijo, y llamarás Su nombre JESÚS, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados.” Jesús vino a este mundo porque sabía cuán terrible y dañino es verdaderamente el pecado. Sabía que las personas necesitaban perdón y la oportunidad de vivir en justicia en vez de impiedad. Y así, dio a las personas la oportunidad de nacer de nuevo como hijos de Dios, de dejar un viejo camino de pecado y muerte. Por eso leemos en 1 Pedro 2:24 que “Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia”.

Cuando Juan el Bautista presentó a Jesús a sus discípulos, dijo en Juan 1:29: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” El pecado deja su mancha y fealdad en nuestras almas. Y aunque tal vez no pensemos que el pecado sea algo tan grave, sigue siendo algo muy serio para Dios. Dios no piensa como nosotros. El tiempo y la cultura no cambian la mente ni el corazón de Dios. Romanos 6:23 dice: “Porque la paga del pecado es muerte.” Ahora, el pecado es tu mayor enemigo y te robará una vida con Dios por toda la eternidad. Porque Jesús te ama y conocía el gran peligro que el pecado representa para tu alma, estuvo dispuesto a morir por ti. El Señor Jesús dijo en Lucas 19 versículo 10: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” Jesús quiso marcar una diferencia en nuestras vidas.

Y al tocar a los individuos, el Señor Jesús hizo una diferencia para todos. Han pasado dos mil años, y Jesús sigue transformando vidas. Y todo el que permite que la cruz de Cristo toque su corazón y está dispuesto a servir al Señor se convierte en una nueva persona. Pablo escribió en Gálatas 1 versículo 4

que Jesús “se dio a Sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre.” El mundo del primer siglo estaba lleno de impiedad pagana y egoísmo. Y Pablo explicó en Efesios 2:1 al 3: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.”

Nuestro mundo necesitaba ser salvado del pecado y necesitaba un estándar moral más alto que el que ofrecía el mundo pagano. Jesús nos dio el estándar moral de Dios que toca nuestros corazones y cambia nuestro comportamiento. Nada se compara con el estándar que Jesús enseñó en el Sermón del Monte, que se encuentra en Mateo capítulos cinco al siete. El Señor Jesús dijo en Mateo 5:21 al 22: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo (dice Jesús) que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.” El Señor sabía que teníamos que controlar nuestros corazones para vencer el odio y evitar dañar a otros.

Otra vez el Señor dijo en Mateo 5:27 al 28: “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.” El Señor sabía que el hombre podía vencer su lujuria en el corazón si controlaba sus ojos. Jesús sabía que “del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19). Jesús nos amó y nos dio razón para amar lo bueno en lugar de lo malo, para amar lo correcto en lugar de lo incorrecto. Al cambiar nuestros corazones, Él cambió vidas; al cambiar vidas, cambió comunidades; al cambiar comunidades, cambió naciones; y al cambiar naciones, nos libró de la presente era malvada.

Por causa de Jesús, conocemos el amor. 1 Juan 4:19 dice: “Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero.” Él es la razón de todo el amor que poseemos. Él nos enseñó el amor y nos enseñó cómo amar. El Señor Jesús dijo en Juan 13:34 al 35: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.” Nuestro amor debe ser como el suyo, un amor que está dispuesto a darlo todo para bendecir a los demás. Jesús dijo en Juan 15:13: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.” Ahora bien, Jesús no solamente habló del amor; Él lo demostró. Dio todo para que pudiésemos ser salvos.

Amar a otros significa que debemos aprender a perdonar. A menudo las personas quieren vengarse y desquitarse. Los cristianos perdonan, porque Él nos ha perdonado. El Señor Jesús nos enseñó a orar en Mateo 6 versículo 12: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.” Porque sabemos el valor de ser perdonados, perdonamos a otros que pecan contra nosotros. Dejamos de lado la espada y dejamos la venganza en manos de Dios. Las guerras y los divorcios ocurren cuando las personas han dejado de perdonar.

Pablo explicó en Efesios 4:31 al 32: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a

otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.” Si sabes lo que significa ser perdonado, puedes encontrar la fuerza y el amor para perdonar a quienes te han herido.

Más allá de todo esto, Jesús vino a este mundo para enseñarnos la verdad. Nuestra cultura no le ha dado mucho valor a la verdad; algunos incluso niegan que exista alguna verdad absoluta. Pero el Señor Jesús nos provee una base inmutable y absoluta para nuestra fe, para que podamos distinguir lo verdadero de lo falso. Juan 1:14 dice: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” Jesús estaba ciertamente lleno de gracia y de verdad. Sus palabras son dignas de confianza y contienen el estándar por el cual toda idea y doctrina es juzgada. Jesús dijo en Juan 14:6: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” Porque el Señor Jesús entregó la verdad a sus apóstoles, podemos confiar en el Nuevo Testamento como la verdad. Jesús prometió en Juan 8, versículos 31 al 32, que: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” ¡Ah, necesitamos la verdad!

Y ahora podemos ver por qué la venida de Jesús a este mundo importa. Él trajo vida y luz; trajo amor y perdón; y trajo moralidad y verdad para todos. Elevó corazones de la maldad y el egoísmo para hacerlos nobles y virtuosos. Transformó la ira y el odio en amor y bondad. Murió en una cruel cruz para que podamos convertirnos en el tipo de personas que Dios deseó desde el principio. ¡Y hay una cosa más! Nos dio esperanza de vida más allá de la tumba cuando Dios lo resucitó de entre los muertos. Por causa de Jesús tenemos la promesa de una resurrección al final de los tiempos y vida eterna con Dios. Sin Jesús, no somos nada y no tenemos promesa. No hay nada más grande que podamos hacer en esta vida, que seguir Sus pasos.

Oremos juntos. Padre celestial, ayúdanos a amarte con todo nuestro corazón, alma, mente y espíritu. Y a seguir tus pasos. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús, Amén.

Si quieres a Jesús como tu Salvador, también debes aceptarlo como tu Señor. Debes confiar en Él y creer que todo lo que dice es verdad. Si no puedes confiar en Jesús y piensas que está equivocado en lo que enseña sobre la moral y la doctrina, ¿cómo puedes confiar en Sus promesas? No puedes reescribir la enseñanza de Jesús, ni siquiera en un punto, y luego confiar en Él en otro. Cuando no estás dispuesto a seguir a Jesús en algún punto que no te agrada, no estás tratando a Jesús como Señor. En cambio, estás creyendo en ti mismo y en tu propia sabiduría. Dios quiere que confiemos en Jesucristo en cada paso y decisión que tomemos. Y cuando lo hacemos, Su gracia y Su verdad nos rodean. Jesús es el Señor de todos, lo reconozcamos o no.

Sin embargo, no encontrarás un Señor tan bueno como Jesús. Estás eligiendo todos los días a quién seguirás. Algunos eligen el pecado y otros se eligen a sí mismos. Estas decisiones resultan destructivas y vacías. Conducen al caos y la miseria. ¿Por qué no elegir al Señor? Nadie te amará y te cuidará como Él. Nadie puede bendecirte con vida eterna sino el Señor Jesús.

Dios ama a cada uno de nosotros y quiere estar en nuestras vidas. Para convertirte en cristiano, ama y cree en Jesucristo como el Hijo de Dios. Arrepíentete de todo pecado y comienza a agradar al Señor. Luego, confesando tu fe, sé bautizado en Cristo. Ahora, el bautismo en Cristo es una inmersión en agua para el perdón de los pecados. Y cuando eres bautizado, el Señor lavará tus pecados y te añadirá a Su iglesia, Su familia. Según Juan 3 y versículo 5, debes nacer de nuevo, y eso sucede en el bautismo, para

entrar en el reino de Dios. Según Hechos 22:16, el Señor lava nuestros pecados en el bautismo. Así que hazte cristiano hoy.